

Contexto

Revista Anual de Estudios Literarios / Vol. 24 - Nro. 26 - Año 2020
e-ISSN: 2610-7902 / e-Depósito Legal: Me2018000066



Ave (Annie Vásquez) / *Cambur Factoría* / de la serie *En alojamientos* / 2012 / mixta sobre tela / 35 x 35 cm

La literatura infantil y juvenil en la formación de nuevos lectores

Children's and young adult literature in education of new readers

La littérature pour l'enfance et la jeunesse dans la formation des nouveaux lecteurs

Recibido 09-08-19

Aceptado 10-10-19

Juan Carlos Araque Escalona
Universidad Técnica de Cotopaxi / Ecuador
Doctor en Cultura Latinoamericana y Caribeña
juan.araque9454@utc.edu.ec

Resumen: Abordar un texto literario en los primeros niveles de educación, haciendo que este sea del agrado del estudiante, es una tarea primordial que afrontan los docentes y maestros hoy día al momento de mediar el proceso de la lectura; más todavía si esa lectura es una novela de la literatura universal, normalmente presente en los programas de la tercera etapa y el ciclo diversificado de educación, la cual puede convertirse, finalmente, en un obstáculo en la promoción de la lectura. Por ello, el propósito de este estudio es incentivar la lectura de textos literarios (con carácter estético y previa evaluación del mismo) dirigidos a niños, niñas y jóvenes; proponiendo, de ese modo, leer para vivir la experiencia, asumiéndola como formación. Desde esta perspectiva, la lectura de textos literarios es un proceso cuyo principio y fin es atribuir un sentido al lenguaje escrito, valorando dicho proceso como un universo donde el autor, valiéndose de las figuras literarias, logra exaltar la lengua. El trabajo se llevó a cabo con una investigación de tipo documental y se utilizaron los principios teóricos de Jorge Larrosa y Griselda Navas, entre otros. Estas nociones permiten mediar los procesos en la formación de nuevos lectores, enfocando la experiencia como hecho fundamental entre el lector y la obra y ubicando en un tiempo real y familiar al alumno desde sus propias circunstancias.

Palabras claves: lectura; literatura; formación de lectores.



¿Cómo citar?
Araque, J. C. (2020). "La literatura infantil y juvenil en la formación de nuevos lectores".
Contexto, 24(26), pp. 103-120.

Abstract: Addressing a literary text in the first levels of education while making that one be liked by students, is a primary task that teachers face today when mediating the reading process; even more so if that reading is a world literature novel normally present in syllabus uses of the third level and high school, which could eventually become an obstacle in the promotion of reading. Therefore, the purpose of this study is to encourage the reading of literary texts (aesthetically and after evaluating them) aimed at children and young people, thus proposing to read to live an experience, assuming it as education. From this perspective, reading literary texts is a process whose principle and purpose is to attribute a meaning to written language, valuing this process as a world where the author, using rhetorical figures manages to exalt the language. This paper was carried out through a documentary investigation, and the theoretical principles of Jorge Larrosa and Griselda Navas among others were used. These notions allow to mediate the processes in the education of new readers, focusing the experience as fundamental between reader and work, and placing the student in a real and familiar time from their own circumstances.

Keywords: reading; literature; education of readers.

Résumé: S'occuper d'un texte littéraire depuis les premiers niveaux de l'enseignement, et le faire plaisir aux étudiants, est une tâche primordiale à laquelle les enseignants et les maîtres sont aujourd'hui confrontés lors de la médiation du processus de lecture, d'autant plus si cette lecture est un roman de la littérature universelle normalement présente dans les programmes du troisième niveau scolaire et du collège, qui pourrait finalement devenir un obstacle dans la promotion de la lecture. Le but de cette étude est donc d'encourager la lecture de textes littéraires (esthétiques et après évaluation) destinés à l'enfance et à la jeunesse, proposant ainsi de lire pour vivre l'expérience en l'assumant comme formation. Dans cette perspective, la lecture de textes littéraires est un processus dont le principe et le but est d'attribuer un sens au langage écrit, en le valorisant comme un univers où l'auteur, et en utilisant des figures rhétoriques, parvient à exalter le langage. Cet écrit a été réalisé dans le cadre d'une enquête documentaire. Les principes théoriques de Jorge Larrosa et de Griselda Navas, entre autres, ont été utilisés. Ces notions permettent d'intervenir dans la formation de nouveaux lecteurs, en abordant l'expérience comme fait fondamental entre le lecteur et l'ouvrage, et en plaçant l'élève dans un contexte réel et familier issu de sa propre situation.

Mots-clés: lecture; littérature; formation des lecteurs.

A lo largo de la historia abundan conceptos en torno a la literatura infantil y juvenil. De igual modo, surgen textos que dicen estar concebidos de acuerdo a una edad y a un público determinado en la hoy denominada literatura infantil y juvenil y la formación que allí debería cultivarse. Asimismo, en la industria cultural del libro se encuentran aquéllos dirigidos a los primeros años, en los cuales el niño solo lee las imágenes, hasta los de la adolescencia y la juventud, cuando ya el joven debe tener el hábito de leer y posee las destrezas en el manejo de lecturas variadas.

En este sentido, se debe señalar que el término “infantil” o “juvenil” añadido a la literatura es de muy reciente data, pues Benjamin asegura que, hasta principios del siglo XX, todavía era negada por la falta de criterios desde la creación literaria, y lo peor de todo era que su transmisión se hacía a partir de “la enseñanza de la moral” (p. 29). También se puede indicar el hecho de mantenerse en la atmósfera las viejas tendencias por educar al niño en función de lecturas religiosas y morales, apartando a ese lector de todo goce estético de la palabra inserta en un discurso literario cónsono a las necesidades artísticas que puede sentir un lector en proceso de formación.

Es preciso hacer un deslinde entre lo infantil y lo juvenil, puesto que parece no haber distinción entre lo uno y lo otro, estableciéndose allí solo características circunstanciales del lector, pues la lectura tiene su momento cronológico y psicológico. Lo cierto es que el lector debe encontrarse primero con un tipo de literatura que ofrezca la posibilidad de imaginar, jugar, soñar, de aprehender todo un mundo mediante el lenguaje. Esa sería la literatura infantil para los primeros lectores; mientras que la Literatura Juvenil prepara a ese lector para su etapa adulta por medio de narraciones con mayor compromiso social y ético, sin que esto represente en medida alguna el olvidarse de algo esencial en la literatura como lo es la ficción.

Debido a que la literatura infantil y juvenil es una convención o un acuerdo colectivo, normalmente se enmarca en la etapa de la vida que va desde que los niños perciben imágenes del mundo que los rodea hasta que desarrollan procesos más complejos para interpretar el mundo, siendo la adolescencia una suerte de puente entre la infancia y la juventud, en el cual se viven cambios que resultan transitorios e importantes para el niño y su encuentro con el mundo de lo juvenil. No obstante, parece difícil asegurar esto. En tal sentido, la literatura juvenil estará cargada de elementos más complejos tanto del lenguaje como el manejo del tiempo, para hacer que el lector trabaje en mayor medida sus procesos cognitivos y metacognitivos. De igual manera, esta literatura lo insertará en los predios de la adultez; al menos, es uno de sus cometidos.

Posteriormente, cuando se trate el tema de la lectura, se verá cómo la edad cronológica y psicológica es de relativa aprehensión en el lector, pues finalmente las circunstancias de cada individuo lo llevan en determinados momentos a apropiarse del texto que sea de su agrado y el que tenga a su alcance.

En lo sucesivo, fueron surgiendo los conceptos con los cuales la literatura infantil y juvenil fue evolucionando hasta posicionarse no solamente en un canon literario, sino también en los mercados y las estanterías de librerías, tal como lo señala Navas: "...esta evolución conceptual se ha dado en torno al niño, a la literatura y a la significación de ambos dentro del ámbito socio-cultural" (p. 30), siendo un estudio social acerca de las necesidades de todo niño en sus primeros años y sus encuentros con la lectura. No obstante, ocurrió también la capitalización del libro infanto-juvenil, lo cual significó una comercialización de textos con poco valor literario y poca profundidad semántica. De esa manera, se puso en riesgo lo más grande a nivel estético representado por los valores literarios en los textos que se venden en la mayoría de las librerías, limitando de igual modo los horizontes de sentidos producidos por auténticas obras literarias.

En la actualidad, la literatura infantil y juvenil es de variada gama y amplitud. Por ejemplo, la literatura en general puede ser infantil y juvenil siempre y cuando esta sea aprehendida por niños y jóvenes, y sobre todo, "valorada e interpretada por un lector informado" (Mendoza, p. 30). Es necesario acotar lo anterior con algunos ejemplos de manera muy sucinta, debido a que no siempre fue así; pues, si uno se remonta al siglo XVII, se encontrará a un dramaturgo francés de nombre Jean Racine, cuyas obras estaban dirigidas a los niños y niñas internados en el Colegio de Saint-Cyr, practicantes de una doctrina cargada de temas morales y religiosos. En sus obras trágicas de corte bíblico como *Esther* (1689) y *Atalía* (1691) se encontraban personajes cargados de profundos valores éticos y todo lo relacionado con la temática amorosa y pasionales desaparecían por completo, dejando la figura de Dios como máxima autoridad en el cielo y en la tierra, lo que se entiende como un acto de sumisión por parte de los lectores.

Más tarde, en el mismo siglo XVII, el teólogo escritor francés François Fenelon escribió, según sus principios pedagógicos y religiosos, un texto titulado "Tratado de la Educación de las Hijas" (1687), con el cual pretendía rescatar a aquellas jóvenes que andaban en las vías del protestantismo, representando así una suerte de estrategia para que regresaran a la Iglesia católica en busca de otras creencias.

Ya en el siglo XVIII es resaltante el papel que juegan en la sociedad francesa los escritos de Jeanne Marie Leprince de Beaumont, quien se hizo célebre en la historia de la literatura infantil y juvenil, pues es ella la autora del clásico cuento de *La bella y la bestia* (1757), inserto a su vez en el texto *El almacén de los niños o diálogos de una prudente institutriz con sus distinguidos alumnos*. Esta autora se dedicó en mayor medida a la educación de niños, trabajó como institutriz en diversas áreas como música y religión, pero principalmente se dedicó a difundir la moral como principio humano.

También en Venezuela ocurre un caso similar en torno a la obra de Manuel Antonio Carreño. Este escritor del siglo XIX publica por entregas su *Manual de urbanidad y buenas maneras* (1853), cuyo título original fue *Manual de urbanidad y buenas maneras para uso de la juventud de ambos sexos en el cual se encuentran las principales reglas de civilidad y etiqueta que deben observarse en las diversas situaciones sociales, precedido de un breve tratado sobre los deberes morales del hombre*, dando así a la sociedad de entonces un verdadero tratado de cómo comportarse en público, modales, normas de etiqueta y protocolo a cumplir religiosa y cabalmente por los ciudadanos de esa época. Cabe destacar que esta obra todavía es de lectura recomendada no solo en Venezuela sino también en otros países de América Latina y Europa. Dicho texto fue traducido a otros idiomas, lo que resaltó su proyección a otras latitudes.

Ahora bien, la literatura infantil y juvenil, en el mismo instante en que deja de tener las características propias de la moral y de la ética, empieza a ser aceptada por una crítica cuyos estudios comienzan a enfocarse en una literatura hecha desde principios de estética y profundidad en el manejo de la palabra, todo ello relativo al momento vivido por el niño y el autor. Al respecto, Valverde acota que “la obra literaria no la escribe sólo el autor, sino toda su tradición, anterior y posterior, junto con todo su pueblo, su sistema cultural, su economía y hasta su poder militar” (p. 85); entonces, se verá a un lector más familiarizado con la literatura como hecho social, ya que esta literatura lo envuelve bien sea desde la fantasía o desde la realidad que nutre el hecho ficcional en algún modo.

La literatura, aunque no tenga una suerte de público destinado, es un arte en el cual la palabra se despliega a lo largo y ancho de un tablero con infinitas posibilidades para moverse, una especie de juego estético en virtud de la cual se logra la expresión oral y escrita que ha ido de generación en generación, es decir, de boca en boca, pues inicialmente la literatura era de tradición oral y no contemplaba lo escrito. De esta manera, la literatura que reúne en sí recursos, figuras y principios de estética. llega a captar la atención de un niño o joven cautivado bien sea por su lenguaje o por la temática allí presente, todo esto sin importar la nomenclatura asignada desde los predios de la literatura.

Una obra literaria destinada a los primeros lectores debe reunir ciertos principios de integración que le faciliten al maestro difundir lo autóctono de una región o país, claro está, tomando en cuenta los propósitos individuales de cada maestro, ya que no es de carácter obligatorio incluir lo regional y lo propio de una localidad para desarrollar hábitos de lectura. Por ello, Cervera asegura que “en la Literatura Infantil se integran todas las manifestaciones y actividades que tienen como base la palabra con finalidad artística o lúdica que interesen al niño” (p. 11).

Esto último permite al niño jugar con la palabra creadora, ya que desde los textos puede llegar incluso a reescribirlos si así lo siente. También ese carácter lúdico brinda la opción de jugar con los personajes de una obra o la trama que en ellos se presenta, y así facilitar el poder creativo del lector.

Conforme se van estableciendo conceptos, es posible decantar y depurar ciertas perspectivas de lo pensado en torno a la literatura infantil y juvenil. Vale así preguntarse si todo lo que está destinado a esas edades es considerado literatura o todo lo que contenga el término “infantil” llevará inserto lo literario. Lamentablemente, en muchas sociedades se han vendido afiches, películas y folletos contentivos de textos carentes de ese lenguaje ficcional, creativo, artístico y de imaginación propios del hecho literario y, en diversas ocasiones, se observa en ellos un lenguaje estándar sin elementos de estética y creación literaria. Ello dará paso a una cantidad de conceptos carentes de los valores y criterios que hacen posible un verdadero hecho literario dirigido a niños, adolescentes y jóvenes, sobre todo lo relacionado a un discurso acertado el cual promueva la imaginación de los más pequeños.

Un texto en las manos de un niño es de vital significación. Al leer, se abren diversos caminos y horizontes en su ser y, por ello, dicho texto debe ser minuciosamente seleccionado. En el mercado habrá textos destinados a ellos que incluso seducen con sus portadas llenas de colores y hasta los hay en relieve y materiales armables cuyo propósito lleva en sí lo didáctico como un propósito en la escuela.

Vale resaltar que estos textos, aunque costosos, en ocasiones impresionan al niño por lo bien elaborado que están a nivel de un diseño ya estandarizado, industrializado y, por ende, mercantilizado. Lo lamentable es que no pueden ser adquiridos por cualquier persona debido a sus altos costos, sabiendo que esto hoy día representa una limitante cuando de textos formativos se trata. Aunque ellos estén destinados a los niños, muchos no llegan a ser aceptados por estos, puesto que muchas veces la literatura a la que tienen acceso viene sin ilustraciones ni adornos, típicos de la industria cultural del libro. Al respecto, Bortolussi plantea que “es mejor tener al niño como receptor y no como destinatario” (p. 16), siendo esto un principio a seguir en la promoción del texto literario, puesto que generalmente se satura al sujeto de información sin saber o indagar acerca de lo requerido por él. Con el texto literario se pretende más bien que este lo reciba acorde a sus necesidades y criterios que haya desarrollado hasta ese período en el cual se encuentre, satisfaciendo de tal modo sus inquietudes que aumente cada día sus niveles en la lectura literaria.

Como fin último de la literatura infantil y juvenil, y más allá de preceptos de la crítica literaria, lo que se busca en ella es enamorar al niño y joven de un tipo de escritura estética, busca formar al individuo para que se reinvente desde la lectura, como lo dice Cervera: “la Literatura Infantil y Juvenil es básicamente una respuesta a las necesidades íntimas del niño” (p. 14), pues muchas veces, sin que lo demuestre o lo pida, este requiere de la vida elementos que la lectura contribuye a captar y desarrollar como lo es la naturaleza, el espacio interior de los seres humanos muchas veces oculto por los adultos, entre otros. La naturaleza de esta literatura se centrará esencialmente en brindarle al lector un goce y que esto lo lleve a interrogar al mundo desde la narración o desde la poesía.

Como puede apreciarse, la literatura infantil y juvenil atiende a parámetros de distinta índole: por un lado, están los intereses industriales; por el otro, la imperiosa necesidad de los maestros en formar nuevos lectores con destrezas y criterios que le conduzcan a conocer más el mundo y su contexto. Lastimosamente, la literatura para niños y jóvenes ha estado en los últimos tiempos condicionada y hasta limitada por aquella dirigida a la etapa de madurez del hombre. Además de ello, se le ha confundido con los libros de autoayuda y crecimiento personal, de ahí que Colomer llegue a plantear una “franja ambigua” (p. 68) en la que se desdibuja la verdadera estética literaria y la creación de obras con discursos pertinentes a esta importante etapa del ser humano.

Después de hacer un breve recorrido por los conceptos más conocidos de la literatura infantil y juvenil, es fundamental destacar que este género, denominándose así, ya se está levantando una parcela dentro de la literatura y el arte, es necesario reconocer que ha sido de difícil asidero, pues toda literatura recomendada desde las teorías, como lo dice Navas, “debe reunir una condición básica, el de ser literatura” (p. 32). De hecho, en la gran crítica y el canon no es objetivo principal las distinciones de géneros.

FORMACIÓN DE NUEVOS LECTORES

El problema de la literatura infantil y juvenil pasa por una dificultad para leer y en esencia por un hábito de leer y adquirir libros cuya intención prioritaria sea la de formarse desde lo artístico, educativo y lúdico. Para formar nuevos lectores es necesario que el formador, o en el caso de la pedagogía, que el maestro sea un ser comprometido con el quehacer lector, de ahí que pueda seleccionar previamente los textos que finalmente promoverá en su aula de clases, escogidos de acuerdo a una serie de criterios, los cuales

pasan por un discurso cónsono y altos niveles de la estética literaria.

Los estudiantes, como se sabe, tienen las herramientas para constatar que su docente es un lector. Claro está, unos tendrán más habilidades para reconocer esto; sin embargo, muchos sabrán apreciar inmediatamente si su profesor es un profesional asiduo de la lectura y los textos. Esto último es un elemento importante para formar nuevos adeptos a la lectura: el hecho definitivo de que el alumno vea en su maestro alguien con capacidades en torno a las lecturas literarias.

Un formador debe estar capacitado para hablar de los orígenes de la literatura, sus fuentes ancestrales a nivel de la oralidad, el paso de la lengua oral a la lengua escrita, tener un bagaje literario de las obras literarias más representativas de la literatura universal, atendiendo a las novelas, los cuentos, las poesías y hasta los ensayos más representativos de la historia de la humanidad. De igual forma, el docente expondrá acerca de los autores que han basado sus relatos en tradiciones orales y populares. De esa manera, trabajará la idiosincrasia de los pueblos, en este caso de lo latinoamericano como valor y médula cultural.

La literatura les transmite valores humanos a los lectores. Los textos son la residencia de muchas experiencias que el nuevo lector encontrará afines, pues muchas veces lo más parecido a la vida de una persona llega a ser un relato literario. En ese particular, Grafton sostiene que “los libros humanistas aspiran satisfacer todas las aspiraciones” (p. 326), que este nuevo lector tiene o ha reunido como expectativas. Como se sabe, el lector aspira la gran cultura universal y tiene presente que su lugar está en los libros, más allá de lo estrictamente literario.

La lectura cumple una función social altamente significativa. Se trata, entonces, de extraer de los textos todo lo que le aporte libertad de pensamiento al lector, aquello que lo hace cada día más autónomo, y sobre todo auténtico en un mundo donde esto escasea sobremanera. Esto se da por medio de la interpretación individual que asume cada sujeto al momento de leer, para luego asumir ese mensaje desde sus circunstancias de espacio y tiempo, en el cual deja ver su perspectiva social, religiosa, moral, económica y cultural transmitiendo, como expresa Lezama Lima: “resonancias y disparos de su imagen contra otros hombres” (p. 327), y su producción artística a través de los textos.

Además de formar nuevos lectores, los maestros fomentarán el hábito de la escritura a partir de los actos de lectura que hagan los alumnos, viendo en la palabra una especie de magia que, al ser leída, podrá reinterpretarse y lograr nuevas visiones del mundo y de las ideas que conforman el universo del lector.

Cuando un docente se ha dado el gusto y hasta el lujo de formar a un niño lector, le ha enseñado que la lectura es un placer divino que permite al sujeto vivir muchas vidas y viajar por muchos mundos presentes en una infinita variedad de textos de corte universal y también local. Recuérdese siempre que, para el lector, su contexto local se ve reflejado muchas veces en la literatura local con la que se le ha formado en sus primeros años escolares. En consecuencia, Bravo afirma que “el lector de literatura sabe que el libro desborda las intenciones del autor para convertirse en un mundo generador incesante de sentido” (p. 166), convirtiéndose así en extensiones culturales para quienes se atreven cada día a abrir los libros, descubriendo otras formas de vivir en el mundo, de existencias diferentes.

ACERCA DEL RELATO ORAL Y LA LITERATURA INFANTIL ESCRITA: TRES AUTORES CLÁSICOS

Como ya se dijo, hay autores que toman de lo popular los relatos para convertirlos en textos escritos y es ese precisamente el caso del escritor francés Charles Perrault (1628-1703), quien recogió los cuentos más tradicionales en la Francia de entonces y, mediante sus destrezas en el manejo de la palabra, los reescribió. Producto de ello publicó su ya clásico *Los cuentos de la mamá Gansa* (1697), en el cual incluye los siguientes relatos: “Barba Azul”, “Caperucita Roja”, “El gato con botas”, “La bella durmiente del bosque”, “La Cenicienta”, “Pulgarcito” y “Riquete el del copete”. Evidentemente, estos cuentos saltaron a la posteridad y prueba de ello es la frescura y la vigencia que conservan hoy día. Incluso han sido llevados al cine y la televisión, los han recreado en series animadas y en revistas de circulación para niños.

En la Alemania del siglo XIX aparecen dos hermanos que también marcarán un hito en la historia de la literatura escrita para niños, ellos son Jacob Grimm (1785-1863) y Wilhelm Grimm (1786 -1859), quienes hicieron una recopilación de los cuentos más contados en ese país, para que luego se publicaran no con la intención de dirigirlos a niños, sino con el ánimo de realzar lo folklórico en un país donde la cultura se tambaleaba por la invasión de Napoleón I Bonaparte. Fue así como publicaron *Cuentos de la infancia y del hogar* (1812), obra en la cual se encontraban los ya clásicos cuentos de “Hansel y Gretel”, “Blancanieves”, “El sastrecillo valiente” y otros que, en total, suman más de doscientos relatos de tradición oral extraídos de ese contexto. A decir de Hazard, “los hermanos Grimm buceaban en la memoria del pueblo en busca de historias” (p. 249).

Los primeros cuentos para niños, con un matiz original en materia de lo infantil, se le asignan al danés Hans Christian Andersen (1805 - 1875). Él, a diferencia de Charles Perrault y los hermanos Grimm, le dio una característica fundamental a la hora de querer promover la literatura en los niños y fue lo oral presente en su discurso. Hasta entonces, los cuentos de otros autores tenían un lenguaje muy técnico, mientras que relatos escritos por Andersen se dejaban leer con mucha facilidad. Un elemento que la crítica siempre ha resaltado en la obra de Andersen es la impronta de su vida como reflejo de su obra. Este fue durante toda su vida una persona solitaria, autodidacta y rodeado de infortunios. Prueba de ello son sus cuentos “La sirenita”, “El patito feo”, “El soldadito de plomo” y “El traje nuevo del emperador”, entre otros.

Los autores antes abordados representan una piedra angular a la hora de estudiar los cuentos clásicos para niños. Estos han sido traducidos a muchos idiomas y en cualquier librería puede la persona encontrarse con ellos. Claro está, a diferencia de los originales, los actuales se encuentran con muchas ilustraciones y llamativas presentaciones que terminan seduciendo a los más pequeños y, por qué no, a los adultos, ya que la imagen siempre es un elemento muy poderoso que domina los sentidos.

IMPORTANCIA DE LA LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL EN LA FORMACIÓN DE NUEVOS LECTORES

Hasta ahora se ha realizado un intento por definir la literatura infantil y juvenil, hacer un pequeño recorrido histórico, y a la vez deslindar los términos infantil y juvenil, con el propósito de evidenciar ante todo la función principal y primordial de esta literatura, la de formar lectores tanto en el aula como en el hogar, cuna de los primeros lectores. Ahora bien, todo discurso literario dirigido bien sea a niños, adolescentes o jóvenes, sin importar que estos estén en el contexto escolar o no, cumpliendo fundamentalmente un papel formativo, deben estar en una constante sintonía con la lectura, elemento que se tratará de abordar a continuación, justamente, donde la literatura infantil y juvenil juega un papel importante, pues, según Perriconi, Fernández, y Rodríguez, “la Literatura Infantil cumple una función o rol de iniciación a la literatura propiamente dicha” (p. 6).

No obstante, la formación de nuevos lectores no dependerá únicamente de los textos con respecto a los cuales tienen carácter de destinatarios, es decir, aquellos libros que parecen apuntar a una edad y a un nivel educativo. Aquí la formación dependerá del placer, el agrado y un profundo anhelo por ampliar los horizontes en ese mar que representa la palabra escrita con carácter estético. Esto implica que los textos de la literatura general, aunque no lleven explícitamente esa direccionalidad, puedan ser del agrado del niño.

Ejemplo de ello es la lectura a temprana edad de textos como *Don Quijote de la Mancha* (1605), *La Ilíada* (siglo VII a. de C.), *La Odisea* (siglo VII a. de C.), *Robinson Crusoe* (1719), *Moby-Dick* (1851) y otras obras que, finalmente, guardan ciertos elementos de difícil manejo como lo es el lenguaje, la estructuración del tiempo en el relato y lo denso de las descripciones, cuyos elementos narrativos resultan de resistencia para todos aquellos individuos que van en busca de sus primeras lecturas.

Hoy día, las lecturas antes mencionadas deben estar en las bibliotecas de aula y en los hogares. Son armas poderosas cuando ya el niño y el joven son lectores consagrados; de ahí que padres, maestros, bibliotecarios, libreros y otros formadores cuyo compromiso sea la promoción de la lectura, deban hacerse de los libros clásicos para el público infantil y juvenil. Ellos fomentan las conciencias libres y ciudadanas con un alto nivel de la cultura y la historia al cual se circunscriben. Esto da pie a señalar que la promoción de la lectura no se limita al hecho literario, sino que incluye al goce estético de esa construcción diferente del lenguaje, sirviendo, de algún modo, para ver desde otras perspectivas otras ramas de las ciencias y las humanidades como la geografía, la historia, la biología y la ecología, que hoy día busca formar seres afectos al ambiente y que lo preserven con amor.

La literatura y su carácter universal con todas las áreas ha llevado a diversos autores a escribir textos con referentes históricos, lo que facilita el desarrollo de habilidades y competencias de la historia en el niño. Por supuesto, más adelante se verá tentado y, por qué no, comprometido a leer un texto de historia que le explique con mayor detalle algo que haya sido de su agrado o curiosidad. También es posible encontrar textos literarios de corte biológico en los que se explican algunos procesos del organismo. Con estos últimos a veces se corre el riesgo de trabajar una literatura didáctica que muchas veces no reúne cualidades estéticas ni creativas.

Generar y promover la literatura infantil y juvenil en los espacios académicos es necesario para brindar a los futuros formadores diversas maneras de abordar el texto, pero es en el aula y el contexto real en el cual le toca al maestro demostrar que dicha literatura sirve para seleccionar los textos adecuados, tomando en cuenta amplios criterios y de ese modo promoverlos en la escuela y la comunidad. Los textos de literatura infantil y juvenil seleccionados para el período escolar, ante todo, deben facilitar el desarrollo de un sujeto en período de formación. Este necesita, sobre todo, un mundo descrito clara y concisamente y, de igual modo, que le propicie la oportunidad de sentir a través del lenguaje la necesidad de encender una especie de fuego, el cual propicie la pasión por la lectura y el crecimiento de ese sujeto.

Existen diversas formas para establecer relaciones entre un libro infantil y los niños en el aula de clases, pues allí se encuentran diferentes conductas en niños que no siempre reclaman los mismos intereses. Es así que el maestro debe observar primero qué ritmo de lectura lleva el sujeto. De ese modo, no caerá en la tentativa de saturarlo de materiales que muchas veces acumula en su casa y no llega a utilizarlo. Deberá situar al niño en una literatura cuya cultura le sea familiar, y por último, tendrá que contemplar un vocabulario acorde a su nivel de aprendizaje, pero lleno de un lenguaje figurado que le permita sensibilizarlo y satisfacer unas necesidades determinadas, más que desarrollar conocimientos a través de ella.

Al fomentar la lectura en la escuela como una herramienta procedimental que puede tener un niño no solo en ese contexto, sino también en la vida cotidiana, el maestro podrá, además, desarrollar el currículo mínimo de la lengua que Cervera especifica al plantear que una lectura escogida adecuadamente: “abarca la comprensión oral, la expresión oral, la comprensión lectora y la expresión escrita” (p.319). Entonces, ese nuevo lector crecerá en habilidades y competencias tanto literarias como comunicativas, y estas, a su vez, le ayudarán a escribir con mayor disciplina, a expresarse adecuadamente y, sobre todo, a alcanzar lo que se proponga mediante los procesos de la comunicación eficaz y efectiva.

La literatura, además de ser seleccionada con los criterios académicos antes mencionados, también debe estar condicionada, como expresa Sánchez Corral, “a sus competencias preexistentes y partir de sus experiencias previas” (p. 335), llevando al maestro a saber qué temas tratan en el hogar, qué programas de televisión observa y hasta los juegos de palabras que generalmente están presentes en el hogar, referidos a los hipocorísticos, sobrenombres y otras formas de llamar a sus familiares. De este modo, se podrán utilizar las experiencias del hogar, que representa su ánimo y voluntad para de ese modo abordar la ficción de la literatura.

Es necesario tener en cuenta el papel del docente como mediador entre el texto y el lector. Para lograr ese puente ha de cumplir los requisitos antes abordados. Siendo así, los estudiantes o primeros lectores se apropiarán de los textos con verdadera significación literaria. No está de más mencionar que un buen trabajo en el aula, respecto a la selección de textos literarios, evita que los niños y jóvenes consuman literatura de mala calidad, que generalmente es producto de la industria cultural del libro en tanto mercantilismo.

LECTURA, LITERATURA Y FORMACIÓN

El contexto en el cual le toca sumergirse al docente de hoy día para promover el texto literario, se ha tornado un tanto hostil. Cada día la tecnología cubre más un espacio y un tiempo en el que el niño y el joven debería invertirlo como parte de un proceso formativo de leer, y es precisamente este un verbo muy escurridizo en los actuales momentos. No con esto se quiere decir que no se lea; sucede más bien que los procesos para formación de nuevos lectores no son similares a los de otrora.

Ya de entrada se tendrá en cuenta que no es tarea fácil hacer entender al niño que la lectura es más importante que la televisión, el celular, la computadora, los juegos en red y otras actividades que en los actuales momentos arrojan a la mayoría de ellos. Es así que los desafíos y retos que asumen los maestros al respecto, al llevar la literatura como una bandera en los procesos educativos, es enfrentarse a una crisis de lectura y ello se comprueba en los espacios de educación superior, sobre todo en los primeros semestres, donde el docente se encuentra con la apatía de un número significativo de estudiantes, quienes esquivan o le huyen a la lectura literaria. Por eso se necesita tomar una vía diferente a la académica para afianzar la lectura como acto formativo del individuo.

De acuerdo con lo anteriormente expuesto, es posible decir, también, que ese terreno ganado en el porcentaje de nuevos estudiantes formados con un profundo apego y amor a la lectura, lo cual se puede extender mediante la experiencia que representa para cualquier persona un crecimiento, brindando la posibilidad de hacer extensiva la lectura a sus congéneres, ese nuevo lector que ha sido un sujeto formado y moldeado, de algún modo el maestro o mediador seguirá cultivando en él la lectura en la medida como le recomiende textos y le muestre pasión por el libro y su carácter artístico.

Quizá el problema para promover la lectura literaria en el aula también se deba al carácter muchas veces cerrado de los programas, lo cual se traduce en un problema hermético y tradicional que siguen teniendo los planes curriculares de educación. Esto es muy común en Venezuela, donde muchos de los libros de textos mantienen las mismas propuestas de hace cuarenta años. En ese sentido, se puede decir que un lector de estos tiempos reclama en cierto modo un texto en tiempo real, es decir, una actualización de los textos trabajados en aula. Las obras y autores que componen estos libros de texto se deben a criterios personales que, no dejando de ser buenos, se traducen en obras y autores que causan en los primeros lectores estados de aburrimiento y apatía. Por ejemplo, hoy día, los

estudiantes de bachillerato leen corrientes literarias latinoamericanas que no son de su interés, lo cual representa un obstáculo que los aleja del arte sin permitirles incursionar en experiencias estéticas. Finalmente, resuelven sus tareas con análisis y resúmenes que venden en las librerías y encuentran por Internet.

Asumir la lectura y la literatura como proceso de formación implica darle libertad al individuo para que él mismo se brinde opciones de lectura, aparte de las ya trabajadas por el docente. Las que este haya sugerido son experiencias que el sujeto acepta y asimila para luego comprobarlas mediante el proceso de lectura, sin que ello signifique ajustarlo con mediadas evaluativas. Sobre esto, Larrosa señala:

La lectura y la formación. O, mejor aún, la lectura como formación y la formación como lectura. Pensar la lectura como formación implica pensarla como una actividad que tiene que ver con la subjetividad del lector: no sólo con lo que el lector sabe sino con lo que es. Se trata de pensar la lectura como algo que nos forma (o nos de-forma o nos trans-forma), como algo que nos constituye o nos pone en cuestión en aquello que somos (p. 16).

Lo anterior remite a entender el proceso de lectura como ese evento que sucede en el ser mismo del sujeto y contribuye a la valoración del mismo desde un plano subjetivo. Cuando se asume a partir de ese punto de vista, se verá entonces que la lectura, siendo ella inicialmente algo desconocido para el lector, lo armará internamente como quien organiza un rompecabezas; luego vendrá lo más importante, que es la transformación de ese ser. Después de cada lectura, el sujeto puede vivir un estado de renovación, quedando una persona distinta a la que era antes de leer. Claro, la lectura literaria propicia más la transformación, ya que el conocimiento enciclopédico no es garante de ello, en función de no tocar a fondo ese terreno subjetivo. Pero esa transformación se da: “Al proponerse la lectura como una forma de devolverle la vida a la palabra, parece estarse sugiriendo la posibilidad de que ocurra una transformación del silencio que el texto escrito comporta, a la voz viva del lector o intérprete” (Carrillo Pimentel, s.p.).

Para promover la formación del sujeto, es necesario deslindar el conocimiento utilitario de la experiencia interna que sucede en este después de leer un texto literario. Nuevamente, Larrosa acota de manera enfática:

Tenemos el conocimiento, pero como algo exterior a nosotros, como una mercancía. Consumimos arte, pero el arte que consumimos nos atraviesa sin dejar ninguna huella en nosotros. Estamos informados, pero nada nos conmueve en lo íntimo. Pensar la lectura como formación supone cancelar esa frontera entre lo que sabemos y lo que somos, entre lo que pasa (y que podemos conocer) y lo que nos pasa (como algo a lo que debemos atribuir un sentido en relación a nosotros mismos) (p. 19).

Se tendrá claro que la formación es netamente interna en el lector y eso que “nos pasa” dista mucho del carácter externo que no logra estimular o abrir grietas en el ser mismo del sujeto. En ese sentido, la formación en la lectura es todo lo que le pasa o toca al lector en un momento dado, y un texto literario bien utilizado en el aula puede cambiar actitudes en la persona, ameritando la aplicación de competencias lectoras por parte del docente o promotor de lectura. En ese sentido, y sin que parezca autoayuda, una sonrisa o un estado anímico de alegría que acompañe la promoción de la lectura de formación, suma fuerzas al acto de leer haciendo más amena esa invitación a saborear la palabra. Ahora bien, para Larrosa, el concepto de formación se desprende de una noción alemana llamada *Bildung* cuya traducción lleva a tres acepciones, a saber: 'cultura', 'educación' y 'formación', lo cual se encuentra al momento de establecer la relación entre el texto y el lector.

Lastimosamente, la forma en que se ha abordado la literatura en el contexto escolar, responde a necesidades establecidas en programas curriculares predeterminados, y ello deviene, en la escuela, una suerte de corsé, el cual impide tanto al docente como al alumno la toma de decisiones alternas, es decir, caminos diferentes al propuesto en dichos contenidos programáticos. De esa manera, el maestro deberá superar dichas barreras para lograr así sus propósitos y roles en el mundo de la lectura. Aunado a esto se presentan las comunes directrices establecidas en los textos y que el maestro sigue de algún modo, es decir, las preguntas preestablecidas o predeterminadas que incrementan la reducción de un proceso formativo en el aula. Por lo contrario, la formación de lectura debe incluir la libertad de pensamiento y la diversidad interpretativa.

El docente tendrá la tarea de propiciar un clima escolar donde haya diversidad de perspectivas lectoras. De acuerdo a una libertad de elección, el lector podrá trazar nuevos derroteros y, de esa manera, llegar a formarse. Entonces, el mediador debe generar en sus estudiantes que visiten espacios como bibliotecas, librerías y, por qué no, que lleguen a organizar clubes de lectura placentera, cuya meta principal sea leer por disfrute.

LA EXPERIENCIA LITERARIA: UNA PUERTA ABIERTA A LA TRANSFORMACIÓN DEL LECTOR

Pensar la experiencia desde la literatura cobra significado, ya que es a través de ella como se construyen nuevas voces, nuevos sujetos, para que así su perspectiva sea realmente una línea divisoria entre el mundo que le rodea y su yo interno. La experiencia solo es posible si quien la transmite se aleja de un estereotipo previo. En el caso de la lectura, llevaría a ese mediador a no limitarse a los autores inscritos en un programa, sino a trabajar con textos que despierten al sujeto manteniéndolo activo, para, de esa manera, evitar su pasividad intelectual, caso típico hoy día en todos los niveles de educación. Indudablemente, quien lee tiene algo para decir y, si ocurre lo contrario, cobra relevancia la máxima de Wittgenstein cuando dice: “De lo que no se puede hablar hay que callar” (p. 183).

La experiencia es entendida *stricto sensu* como esos hechos en que el sujeto siente y a partir de allí sufre una transformación según sean las circunstancias vividas por este. Para vivir la experiencia de la lectura, es necesario entonces tener en cuenta que el saber humano, como lo acota Larrosa, “ha sido entendido como un *páthei máthos*, como un aprendizaje en y por el padecer, en y por aquello que a uno le pasa...” (p. 23). Así, el estudiante, de acuerdo con sus experiencias y vivencias, interpretará los textos y no con las experiencias de otro, de modo que su aprehensión textual no sea la huella de otra persona y menos cuando esta intenta ser a imagen y semejanza del otro.

El acto de lectura en función de la experiencia debe mover estructuras internas. Como se acotó anteriormente, esta experiencia incluye también el hablar de ella y hacerlo involucra ganar espacios en el vocabulario. Por ello, se dirá que una comunicación literaria facilitará eso que debe pasarle al sujeto después de leer la obra. Es eso precisamente lo que transforma al lector y no lo que estructuralmente contiene esa obra, trabajo que hasta ahora ha sido el más típico en las escuelas cuando se evalúa lo interior de un libro y no se verifica qué sucede en ese sujeto después de leer. Obviamente, si la política del promotor es basada en la experiencia, al final de su trabajo de lectura habrá un sujeto transformado.

Ahora bien, el texto literario, cuando se trabaja desde la experiencia, favorece al lector, pues en ese sentido se logra el propósito de relacionar texto-lector hasta vencer los obstáculos y miedos por parte del sujeto hacia los libros y la lectura en general. Desde esa perspectiva, Larrosa sostiene:

En relación al sentido, la lectura no sería hacer que el texto asegurase su sentido en el mundo (en ese mundo hecho de cosas, ideas, etc.), sino hacer que el mundo suspenda por un instante su sentido y se abra a una posibilidad de resignificaciones (p. 32).

Ahora bien, la lectura posibilita replantear el mundo, darle otros significados que incluso los mismos autores no han visto al momento de escribir las obras. Planteado así, el texto se amolda al lector y no éste al texto, como normalmente sucede cuando el docente, mediante análisis preestablecidos, solo conduce a repetir esquemas sin dejar fluir la esencia vital que la narración literaria puede aportar al sujeto, hecho primordial que debe acontecer en el aula para reflejar el trabajo en torno al lector, ya que la lectura es un fluido constante que renueva al ser.

Después de todo, la experiencia conduce al individuo al viaje, el cual se hace desde la libertad de elegir de acuerdo a los intereses y necesidades de ese mismo individuo. Este viaje se hace ameno desde la literatura o “ciencias del espíritu”, como llamaría Gadamer (p.215) a todas las artes elaboradas desde la subjetividad del ser, sabiendo que el conocimiento científico propiamente dicho se funda en la razón y lo literario-artístico más en lo subjetivo, en el mundo donde no existe lo tangible y comprobable.

REFERENCIAS

- Benjamin, Walter. *La literatura infantil, los niños y los jóvenes*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1989.
- Bortolussi, Marisa. *Análisis teórico del cuento infantil*. Madrid, Alhambra, 1985.
- Bravo, Víctor. *Leer el mundo: Escritura, lectura y experiencia estética*. Madrid, Editorial Veintisiete Letras, 2009.
- Carrillo Pimentel, Margot. *Lectura como experiencia de formación*. Universidad de Los Andes, Núcleo Universitario de Trujillo, Laboratorio de Arte y Poética. Trabajo no publicado.
- Cervera, Juan. *Teoría de la literatura infantil*. 2.^a ed., Ediciones Mensajero / Universidad de Deusto, 1992.
- Colomer, Teresa. “La selección de obras de referencia histórica”. *La literatura infantil en el siglo XXI*, coordinación de P. Cerillo y J. García, Cuenca (España), Ediciones de la Universidad de Castilla - La Mancha, 2001, pp. 67-78. Google Books, <https://books.google.com.ec>
- Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y método*. Salamanca, Ediciones Sígueme, 1977.
- Grafton, Anthony. “El lector humanista”. *Historia de la lectura en el mundo occidental*, coordinación de G. Cavallo y R. Chartier, Madrid, Santillana Ediciones, 2004, pp. 317-369.

- Hazard, Paul. *Los libros, los niños y los hombres*. Barcelona (España), Editorial Juventud, 1964.
- Larrosa, Jorge. *La experiencia de la lectura: Estudios sobre literatura y formación*. 2.^a ed., Barcelona (España), Editorial Laertes, 1996.
- Lezama Lima, José. *El reino de la imagen*. Biblioteca Ayacucho, 1981.
- Mendoza, Antonio. “Sobre la reorientación en la crítica literaria en la literatura infantil y juvenil”. *La literatura infantil en el siglo XXI*, coordinación de P. Cerillo y J. García, Cuenca (España), Ediciones de la Universidad de Castilla- La Mancha, pp. 27-39. Google Books, <https://books.google.com.ec>
- Navas, Griselda. *Introducción a la literatura infantil: Fundamentación teóricocrítica*. 3.^aed., vol.1, Universidad Pedagógica Experimental Libertador, 1995.
- Perriconi, Graciela., M. Fernández, G. Guariglia y A. Rodríguez. *El libro infantil: Cuatro propuestas críticas*. Argentina, Editorial El Ateneo, 1983.
- Sánchez Corral, Luis. “Didáctica de la literatura: Relaciones entre el discurso y el sujeto”. *Didáctica de la lengua y la literatura para primaria*, coordinación de A. Mendoza Fillola, Madrid, Pearson Education, 2003, pp. 291-317.
- Valverde, José María. *La literatura: Qué era y qué es*. Barcelona (España), Editorial Montesinos, 1982.
- Wittgenstein, Ludwig. *Tractatus Logico-Philosophicus*. Madrid, Alianza Editorial, 1991.